

## **Saludos.**

*Josye.*

No era la primera vez que le tocaba abordar el transporte urbano con el mismo conductor. Y tendía a reconocerlo, no tanto por sus facciones sino por esa característica suya de soltar un “Buenos días” o un “Buenas tardes” a cuanta persona cruzara la puerta de la unidad.

Ya fuera que se tratara de uno o de diez pasajeros, el conductor sonreía amablemente y saludaba a cada uno, algunas veces recibiendo una respuesta igual de efusiva, otras tantas, la mayoría de las ocasiones, siendo ignorado sin descaro.

No ocurrió sino hasta cierto día, en una de esas extenuantes tardes que regresaba de clases, con un montón de tarea a cuestas y un mal humor producto del terrible calor, que abordó la ruta doscientos nueve y se topó, cómo no, con la sonrisa cortes y el saludo educado de aquel chofer del que aun a la fecha, desconoce el nombre.

Ocupó uno de los asientos del fondo, allá donde se encontrara más cercana la puerta trasera, y luego de un rato se vio escuchando con atención la plática del par de señoras que se encontraban al frente.

Ellas hablaban, en susurros, de lo deplorable que era el transporte público, de cómo los conductores pocas veces respetaban las rutas, de lo peligroso que conducían o de como a veces hacían caso omiso a las paradas y se iban de largo.

Así, fue inevitable que llegaran a la obvia mención del chofer de turno.

Imaginó por un momento la serie de quejas que seguramente escaparían de los labios de aquellas mujeres, pero contra todo pronóstico, ellas solo se limitaron a decir un simple “Él siempre saluda”.

Comprendió entonces el impacto de un sencillo saludo, que desde luego no cambia vidas ni resuelve problemas, pero que hace una pequeña diferencia, aunque efímera, en la acelerada rutina de la vida urbana.

“Me alegra un poco el día”, diría uno de sus amigos a la tarde siguiente, cuando con curiosidad, le contara su vivencia y le preguntara por su opinión acerca de los esporádicos saludos de los conductores del transporte público, pues digan lo que digan, no es ninguna

mentira para nadie que son pocos los que cuentan con la amabilidad de aquel hombre que siempre saluda y siempre sonríe a cada persona que aborda el camión.

Y es que si algo aprendió ese día, del conductor, de las señoras, de la posterior respuesta de su amigo, fue que la sociedad no estaba tan perdida como siempre había creído y que pequeños detalles, quizá triviales, quizá comunes, eran capaces de volver mejores a las personas.

Al final, se hizo una pregunta: ¿De qué forma podía ayudar a cambiar su entorno?

A veces las grandes transformaciones empezaban con un simple saludo.